

Ecologismo y ambientalismo: el surgimiento de viejos fundamentalismos

Ecologism and environmentalism: the emergence of old fundamentalisms

Isaías Tobasura Acuña¹

Resumen

En este artículo se discuten dos de las concepciones filosóficas que hoy sustentan los discursos ambientalistas y ecologistas: el naturalismo biocentrista y el antropocentrismo humanista. A partir de estas formas de concebir las relaciones entre el hombre y la naturaleza, en este ensayo, se muestran algunas consecuencias indeseables de tales radicalismos. Se critica la propuesta del ecologismo reformista y, también, se plantean algunos interrogantes que permitan construir otros relatos que contribuirán a encontrar nuevos caminos de interacción armónica entre la cultura y la naturaleza. Se concluye que, frente a la escasa garantía ofrecida por los radicalismos ecologistas y ambientalistas y el ecologismo reformista para dar respuesta a los complejos problemas del tercer mundo, es urgente revisar relatos un tanto olvidados como las utopías sociales, el marxismo y la teoría iusnaturalista. Una nueva lectura de tales relatos nos ayudará, quizás, a encontrar salidas a la crisis ambiental del momento.

Summary

Two philosophical conceptions presently supported by environmentalist and ecologist discourses are discussed in this article: Biocentrist Naturalism and Humanistic Anthropocentrism. Some undesirable consequences of such radical manifestations stemming from these forms of conceiving the relationships between human beings and nature are discussed. The proposal of reformist ecologist is criticized, and some questions are posed allowing the construction of other accounts that shall be of good use in order to find new forms of harmonic interaction between culture and nature. In view of the little guarantee offered by ecologist and environmentalist radical standpoints to solve the complex Third World problems, it is concluded that it is urgent to review somewhat forgotten accounts such as social utopias, Marxism, and the naturalistic theory. A new reading of such accounts would perhaps help us to find solutions to the present environmental crisis.

En uno de los tantos eventos 'ambientalistas' que se suelen organizar en Colombia, sucedió algo que recordé cuando asistí al seminario «Cuestiones centrales de filosofía de la naturaleza». El discurso de uno de los conferencistas fluía sin sobresaltos en medio del sopor de un auditorio imperturbable: «el hombre debe conocer las leyes que rigen la naturaleza para ponerla a su servicio, ...bla...bla...». En el acto, un energúmeno asistente irrumpió en medio del auditorio vociferando: «¿Defendemos la naturaleza o la tiranía que el hombre ejerce sobre ella?» «la naturaleza», respondieron tres voces en el extremo del claustro adormecido y, acto seguido, se escucharon destemplados aplausos. El recinto recobró la calma y el conferencista siguió con su discurso.

Esta anécdota pasaría desapercibida si detrás de ella no se ocultaran dos de las concepciones filosóficas extremas que hoy sustentan los discursos ambientalistas y ecologistas: el naturalismo biocentrista y el antropocentrismo humanista. A pesar de que existen muchas posiciones intermedias del «ecologismo» que enriquecen el debate contem-

¹ Profesor Universidad de Caldas. Apartado Aéreo 275. Manizales. Colombia.
Professor – Researcher. Universidad de Manizales. Colombia

poráneo de las relaciones cultura naturaleza, en este texto, se muestran algunas consecuencias indeseables de tales radicalismos, pues, a mi juicio, son los que más polémica suscitan en los círculos académicos. Se critica, la propuesta del ecologismo reformista y, también, se plantean algunos interrogantes que permitan construir nuevos relatos que contribuirán a encontrar nuevos caminos de interacción armónica entre la cultura y la naturaleza.

La crisis del medio ambiente, expresada en agotamiento de los recursos, de las fuentes de vertido, la marginalidad social y la destrucción de culturas tradicionales, por una parte, y la caída de los regímenes socialistas y el surgimiento del neoliberalismo homogeneizante, por otra, han puesto en discusión al parecer nuevos ideales que orienten el futuro de la humanidad. Esta polémica, se debate entre la nueva derecha emparentada con viejas concepciones filosóficas y la nueva izquierda de cuño liberal.

Luc Ferry², partiendo de tipos ideales, en un lúcido ensayo hace una crítica severa a dos de las tendencias filosófico-políticas que dominan el espectro de las discusiones sobre el medio ambiente en el mundo occidental: el ecologismo radical y el ambientalismo. Deconstruyendo estas concepciones, desde sus fundamentos filosóficos, pone en evidencia las consecuencias políticas, sociales y culturales que pueden acarrear al futuro de la sociedad y del sistema democrático; y propone, como una opción de salida a la crisis, un ecologismo reformista no metafísico.

La «ecología profunda» o radical, plantea que el ‘contrato social’ de los pensadores políticos de la ilustración debe dar paso a un ‘contrato natural’, en cuyo seno la totalidad del universo se convertiría en sujeto de derecho: «ya no se trata del hombre, considerado como centro del mundo, al que hay que proteger, en primer lugar de sí mismo, sino efectivamente del cosmos como tal, al que hay que defender de los hombres»³. La ecología profunda adopta una crítica radical con el modo de vida occidental, con la *Western civilization* y con cualquier tipo de humanismo. «Occidente no es ‘políticamente correcto’. No solamente está comprobada su quiebra, sino que ésta arrastra en su ruina a los pueblos del tercer mundo, a las minorías étnicas y a las fracciones dominadas, trátense de las mujeres, o de los ‘diferentes de cualquier tipo’»⁴.

El éxito que le permite a esta versión de la ecología conciliar intereses, tanto de la extrema derecha, como ideales futuristas de la extrema izquierda, es la coherencia de su diagnóstico, según el cual la modernidad antropocéntrica es un desastre total. En contra de la tendencia de unidimensionalidad, la uniformidad, del ‘lobby politicomediático’, el consenso, las pretensiones de universalidad, hace elogio de la diversidad, de la singularidad, del disenso, de la particularidad, de lo local, de lo nacional. Su amor por la naturaleza, engendra un odio visceral contra cualquier forma de cultura humanística, al punto que su discurso en muchas partes expele aroma de nazismo. Aunque las raíces de la *ecología profunda* se pueden ubicar, a mediados del siglo XIX en los Estados Unidos, en el movimiento trascendental liderado por Ralph Waldo Emerson, en la obra *Walden* de Henry David Thoreau, en las actuaciones de John Muir (creador del Sierra club, primer movimiento ecologista) y en la obra *A Sand County Almanac* de Aldo Leopold⁵, es en las constitucio-

2 L. FERRY. *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal, el hombre*. Barcelona: Tusquets, 1994.

3 L. FERRY. *Op.cit.* pág. 29.

4 *Ibid.* p 33.

5 V. BELLVER CAPELLA. Las ecofilosofías, en: *Sociedad y medio ambiente*, Jesús Ballesteros y José Pérez Adán (Editores), Madrid: Edit. Trotta, 1997, págs. 253-255.

nes sobre protección de la naturaleza y de los animales y los derechos de la caza del régimen nacional socialista donde se hace más evidente el amor al terruño, a la tradición, a los animales, y el odio a los hombres.

Pero esto no es lo peor. Lo más grave de todo es que concepciones como ésta, que han dado origen a multinacionales fundamentalistas defensoras de la naturaleza como *Green Peace*, *Sierra Club*, *Earth First* y de una importante fracción de los partidos verdes, sea la inspiradora de buena parte de los movimientos ecologistas del tercer mundo. Hoy, en Colombia, muchos defensores de la naturaleza se rasgan las vestiduras porque se tala un árbol o un pez naufraga en un arroyo moribundo por el verano, mientras caminan sobre los cadáveres de niños, jóvenes y adultos víctimas del hambre, de las pestes o de la violencia.

La «ecología profunda» con la sacralización de la naturaleza conduce a la humanidad a una tiranía de lo natural sobre lo esencialmente humano de la civilización; con su antimodernismo fundamental lleva a que muchas posiciones que defienden regímenes políticos autoritarios se legitimen; y con el exacerbado elogio a la diferencia y a la diversidad suele volverse hostil al espacio público y a la búsqueda de consensos sobre la base de argumentos racionales. La ruptura de la presa Aznalcóllar, en España, puso en evidencia que, para muchos ecologistas y para el mismo gobierno español, el parque de Doñana era más importante que los agricultores, campesinos y trabajadores que lo perdieron todo por la riada tóxica.

Algunos de nuestros intelectuales ‘criollos’ de mochila terciada no se dan cuenta que con sus discursos y actitudes antes de luchar por el imperialismo del norte que todos los días nos invade, le están haciendo el juego a un colonialismo todavía peor que aquél que supuestamente combaten: el imperialismo de las multinacionales defensoras de la naturaleza. Las efemérides ambientales que celebran estos fanáticos, se nutren de la nostalgia de un pasado sin retorno, o de la idea de un paraíso ecosistémico, en los cuales se sacraliza la tierra, ‘nuestra madre’ como dirían los aborígenes, y se venera la supuesta armonía en la que vivieron nuestros ancestros en el pasado. Se olvidan, por una parte, que no todas las culturas aborígenes del pasado convivieron en armonía con la naturaleza, que, incluso, muchas sucumbieron ante los rigores de la misma y, por otra, en aras del respeto a la diferencia, la diversidad y la libre determinación, se están creando barreras para que muchas comunidades puedan integrarse autónomamente en la sociedad.

La Constitución Política de Colombia de 1991, con argumentos de similares características propició fuero especial para las comunidades indígenas y negras (o afrocolombianas, como se suelen denominar). Hoy, los indígenas y las comunidades negras disponen de sus propias legislaciones para que operen dentro de sus territorios. Me pregunto: ¿no estaremos condenando a estos compatriotas al destierro y la marginación dentro de su propio país, como le ha ocurrido a los gitanos en muchos países? o ¿no estaremos sembrando las semillas para generar en algún tiempo no muy lejano un ánimo separatista, como ha ocurrido en los Balcanes o, de algún modo, en España con los vascos y los catalanes? Lo anterior no significa que debemos acabar con culturas y formas de vida diferentes a los inspirados en la ilustración, pues desde la otra orilla el antropocentrismo de cuño liberal, inspirado en los derechos del hombre y del ciudadano, ha ejercido una tiranía no sólo contra la naturaleza sino contra la misma sociedad.

La ambientalista, surge de la idea que a partir de la naturaleza, de lo que se trata es de proteger al hombre, incluso de sí mismo. El ser humano es lo único importante en el mundo, incluso, por encima de las comunidades, las culturas y las instituciones sociales. En este caso no se confiere un valor intrínseco a la naturaleza como en la «ecología profunda». La naturaleza tiene un valor instrumental, no es más que lo que rodea al ser humano, la periferia,

el entorno, y no el centro. Esta concepción hunde sus raíces en el humanismo cartesiano, el clasicismo francés y en la ilustración.

En el siglo XVI, después de pasar por una época contemplativa sobre la naturaleza, en la cual la verdad se revelaba gracias al espíritu Divino, como adecuación del entendimiento humano a la realidad, y el 'cosmos' conservaba la supremacía sobre el yo, el hombre vuelve los ojos al mundo, al libro de la naturaleza como dirían los utópicos. La naturaleza recobra su importancia para el hombre como algo que vale la pena conocer. La *physis* se convierte en física y el conocimiento del mundo se matematiza. Surge el *cogito ergo sum* cartesiano, según el cual existe el mundo en la medida en que puede ser pensado. Hay una ruptura entre objeto y sujeto, entre cultura y naturaleza. El objeto es lo que está dispuesto, lo que es útil para el hombre, lo que es apropiable por el hombre: La naturaleza o los recursos naturales. La verdad no se revela como en el pasado por la autoridad divina, se construye a partir de artificios propios de la razón humana. El método científico se constituye en el paradigma del conocimiento. La naturaleza se reduce a objeto de estudio y tiene valor en cuanto es útil a la sociedad.

La naturaleza es para la satisfacción de las necesidades materiales del hombre. Desaparece su valor intrínseco, incluso su valor estético, propio de su belleza y armonía, y sus valores indirectos, expresados en el mantenimiento del clima global y del equilibrio ecosistémico; y surge el patrón dinero como medida de todas las cosas. Se pasa del valor de uso de los objetos al valor de cambio de la sociedad capitalista. La naturaleza se aleja del hombre y se la pone a su servicio; es útil en cuanto materia prima que le sirve para crear riqueza.

El fin de la cultura, entonces, no es armonizar con la naturaleza, sino utilizarla y dominarla. Bajo los argumentos humanistas, inspirados en la revolución francesa y el antropocentrismo cartesiano, también se han conquistado territorios y se han subyugado pueblos. El liberalismo económico que hoy coloniza hasta los lugares más recónditos del planeta se apoya en estos ideales aparentemente humanistas. Las democracias de hoy no luchan por la dignidad humana ni por sacar al hombre de la miseria, sino por la libertad de empresa y la acumulación de capital. La fraternidad entre los individuos y entre los pueblos es un ideal utópico por el que ya ningún gobierno se preocupa, pues como sabemos los logros de las democracias son finales, mientras que los de la empresa son instrumentales. La concepción antropocéntrica, cartesiana y utilitarista llevará no sólo al totalitarismo y a la dominación de la naturaleza sin contemplación, sino a la explotación y subyugación de muchos individuos y pueblos.

Frente a estas dos opciones en su esencia totalitarias, L. Ferry, optando por un «antropocentrismo débil», en el cual el ser humano es el soporte que justifica todas las decisiones, plantea la ecología reformista como una salida a la crisis: ni «ecología profunda» ni «ambientalismo utilitarista» y cartesiano. La salida debe buscarse a partir de una crítica interna del actual sistema antropocéntrico y no de la crítica externa que plantean los radicales de la ecología profunda o del ambientalismo. La opción es reformista y debe estar inscrita en la democracia liberal. «El reformismo no es la forma con la que no queda más remedio que declararse satisfecho a falta de algo mejor, cuando la esperanza revolucionaria falta, sino que constituye la única actitud que corresponde al mundo de la infancia»⁶. La opción reformista democrática, a diferencia de las posiciones radicales que

6 L. FERRY, *Op.cit.* pág. 202.

buscan un fin último, deja un camino abierto para la reflexión y la acción que permita encontrar salidas armónicas a las conflictivas relaciones entre cultura y naturaleza.

La atención a la naturaleza no se elaboraría en contra del universo moderno, sino que sería producida por él: sería el resultado en el fondo de las mismas pasiones democráticas que alientan las reivindicaciones de un derecho a la vida, al ocio, a la salud, al bienestar, etc. Esta propuesta permitiría conciliar los ideales de bienestar de los seres humanos con los sentimientos de admiración y respeto del hombre por la naturaleza, no porque ésta tenga un valor en sí, sino porque la crueldad del hombre con la naturaleza le degrada su condición humana. El hombre, ser de antinaturaleza, o de libertad, es el único capaz de otorgar juicios de valor a los seres de la naturaleza, y por ello mismo no sólo puede utilizar la naturaleza para su servicio, sino que tiene la responsabilidad moral de conservarla y mejorarla para su propio bienestar.

Según Ferry,

«la sensibilidad ecológica 'media', la de cada cual, nada tiene de extremista, ni tan solo de antidemocrática. Procede más bien de esa ética de la autenticidad, de esa preocupación por uno mismo en nombre de la cual suele reivindicarse —¿y por qué no?— una cierta calidad de vida»⁷.

El amor a la naturaleza, según sus palabras, está composición de pasiones democráticas compartidas por la inmensa mayoría de los individuos que desean evitar una pérdida de su calidad de vida. No obstante, cabe preguntarnos: ¿qué se considera calidad de vida aceptable? ¿La que disfrutan los ciudadanos de los países del norte o la que soportan los ciudadanos del sur?

La crítica de Ferry a estos extremismos, tanto de izquierda como de derecha, no solamente es plausible, sino que por su coherencia interna la hacen por momentos, irrefutable. No obstante, su debilidad se hace evidente en su alternativa de salida propuesta. No porque sea incoherente, sino porque su plausibilidad no deja de ser más que un sueño irrealizable. Un proyecto de sociedad construido sobre el liberalismo político, o el contrato social entre los hombres, no es viable pues, como de todos es conocido, ese contrato social ha puesto en práctica sólo el liberalismo económico, al punto que hoy la sociedad occidental (industrial) asiste a uno de los peores totalitarismos de su historia: la dictadura del capitalismo mundial que, con el mercado y el consumismo, sus armas favoritas, colonizan el universo entero.

Lo anterior no admite dudas. Como dice E. Fromm⁸: «Los valores de la sociedad industrial están en conflicto con el bienestar del hombre». Veamos porqué:

- El dominio de la naturaleza, particularmente desde que la sociedad industrial llegó a dominar la naturaleza mediante el uso del poder del pensamiento para la producción de cosas. Con Descartes, y el desarrollo de la ciencia moderna, la naturaleza deviene en objeto, manipulable, cuantificable y apropiable por el hombre. La sociedad occidental apoyada en estos argumentos explota la naturaleza más allá de su capacidad de recuperación, poniendo en peligro no la naturaleza que, como sabemos, es capaz de regenerarse hasta ciertos límites, sino el futuro de la civilización humana.

7 *Ibíd.*, pág. 25.

8 E. FROMM, *El valor a la vida*, Barcelona: Altaya, 1993, pág. 252.

- La explotación del hombre por la fuerza, las recompensas, o por una combinación de ambas. Marx ya lo había anotado: La explotación de la naturaleza no es más que la dominación del hombre por otros hombres, utilizando la naturaleza como instrumento. Esta doble contradicción del capital, se expresa en la apropiación y el uso autodestructivos que hace la empresa capitalista de la fuerza de trabajo, del espacio vital y de la naturaleza. El sistema económico no sólo explota al ser humano, sino que lo degrada en su condición humana convirtiéndolo en apéndice de la máquina y en destructor de su propio medio de vida.
- La conducta económica debe producir ganancia. En la sociedad industrial la tendencia a obtener ganancia no es en esencia una expresión de la avaricia personal, sino un mecanismo de la corrección del comportamiento económico. Kürnberger también lo había advertido tiempo atrás con mayor crudeza: «de las vacas se hace manteca y de los hombres dinero»⁹. En la sociedad capitalista no se produce para el uso, sino para obtener ganancia; sino fuera así en el tercer mundo no se moriría tanta gente de hambre, mientras en Europa y los Estados Unidos se especula con los alimentos para generar la sensación de escasez y de esa manera poder engordar los bolsillos de las multinacionales de la industria alimentaria.
- La competencia en contraposición a la cooperación y la solidaridad. Tanto en la esfera individual como en la colectiva, la ideología de la competencia está haciendo carrera hoy en día. Con los derechos del hombre y del ciudadano: libertad, igualdad, fraternidad, se abrieron las puertas para impulsar el capitalismo salvaje en nombre de la libertad. Todos somos iguales frente a la ley, pero, como todos sabemos, la permanente dependencia económica limita la libertad de acción del individuo, haciéndolo esclavo de su propia miseria. En pocas palabras, todos somos iguales, pero unos somos más iguales.
- La capacidad de simpatía y de sufrimiento han disminuido. La alienación a la que la sociedad industrial ha sometido al ser humano lo ha hecho cada vez más insensible tanto a su propio sufrimiento como al de los demás humanos, e incluso, a otros seres de la naturaleza. Si el hombre es incapaz de reconocer su sufrimiento y su soledad, tampoco podrá expresar solidaridad y compasión con sus congéneres y con los otros seres sensibles de la naturaleza.

A la pregunta de Ferry: ¿se puede hacer concesiones al liberalismo a través de la reforma o la alternativa es la revolución neoconservadora o proletaria? Podría decirse con algún grado de sarcasmo tercermundista: ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario.

Apoyado en argumentos de C. Offe¹⁰, considero que la salida a la crisis no es la reforma al liberalismo democrático, ni la revolución neoconservadora o proletaria. La ecuación: democracia liberal igual democracia de masas más libertad burguesa, según Marx, y sus contemporáneos liberales J.S. Mill y A. De Tocqueville, no era viable, por lo menos, si no se quería sacrificar uno de sus dos elementos: los derechos civiles o los políticos. Sin embargo, con el paso del tiempo se pudo demostrar su compatibilidad sustentado en dos

9 M. WEBER, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid: Sarpe, 1984, pág. 56.

10 C. OFFE, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid: Sistema, 1994, págs. 56-88.

principios mediadores: los partidos políticos de masas y la competencia entre partidos y el estado de bienestar keynesiano. Nadie podrá negar que estos mecanismos permitieron la prosperidad económica y el bienestar de la población por lo menos en las democracias más desarrolladas de occidente.

De todas formas cabe preguntarnos: ¿será posible que las instituciones que han permitido coexistir al capitalismo y la democracia política durante los últimos tiempos es previsible que continúen haciéndolo en el futuro? Las evidencias son irrefutables: en la mayoría de los países desarrollados, el desempleo se ha incrementado a niveles intolerables, el déficit fiscal se ha hecho endémico, el deterioro del medio ambiente continua su carrera galopante (*amén* de otros males conocidos por todos), al punto que los principios que dieron lugar al éxito del sistema son las causas que hoy cavan su propia tumba.

Los partidos políticos y el estado de bienestar keynesiano hoy en día ceden su protagonismo a los denominados nuevos movimientos sociales, al corporativismo y a la represión del estado. Eso para el caso de las democracias desarrolladas. Para las países del tercer mundo la situación es todavía peor. Algunos sin una tradición democrática consolidada, otros apenas en momentos de transición después de largos períodos de dictadura, y la mayoría sin haber disfrutado de un estado de bienestar, ven cómo las tendencias internacionales los hacen retroceder en sus magros logros sociales y políticos, dando paso a la libertad de empresa y a la iniciativa privada. Si en las democracias más consolidadas de occidente por un tiempo se logró compatibilizar la democracia económica con las garantías civiles y el bienestar de los ciudadanos, en la mayoría de los países del tercer mundo donde aún se siguen violando los derechos fundamentales, la mayoría de la población no cuenta con seguridad social y la marginalidad y la miseria son la norma, un ecologismo reformista —como el propuesto por Ferry— es impensable.

Ante la escasa plausibilidad que ofrecen los radicalismos ecologista y ambientalista y el ecologismo reformista para dar respuestas apropiadas al complejo problema que vive la mayoría de los habitantes del tercer mundo, es urgente revisar viejas propuestas teóricas como las utopías sociales, el marxismo, la teoría *iusnaturalista*. Las utopías sociales están orientadas al logro de la dicha, o por lo menos, a la eliminación de la necesidad o de las circunstancias que mantienen o producen aquélla. Las teorías *iusnaturalistas* están dirigidas al rescate de la dignidad, mediante la defensa de los derechos del hombre. Reconocidos utopistas sociales, como Owen, Fourier y Saint Simon, apoyan en categorías del derecho natural sus elaboraciones destinadas a la eliminación de la miseria y el rescate de la dignidad humana. Sin ellas, Marx y Engels no hubieran encontrado el camino hacia la búsqueda de la justicia, la libertad y la igualdad. Quizás, a partir de una nueva lectura de estos autores, se puedan elaborar nuevos relatos que permitan compatibilizar la eliminación de la necesidad y la miseria con el logro de la dignidad humana, sin menoscabar la base natural sobre la cual se sustenta la civilización.

Bibliografía

BELLVER C., VICENTE

Las ecofilosofías, en: *Sociedad y medio ambiente*, JESÚS BALLESTEROS Y JOSÉ PÉREZ ADÁN, (Editores), Madrid, Trotta, 1997.

FERRY, LUC

El nuevo orden ecológico, El árbol, el animal y el hombre, Barcelona, Tusquets, 1994.

FROMM, ERIC.

El valor de la vida, Barcelona, Altaya, 1992.

OFFE, CLAUS

Partidos políticos y nuevos movimientos sociales, Madrid, Sistema, 1994.

WEBER, MAX

La ética protestante y el espíritu del capitalismo, Madrid: Sarpe, 1984.